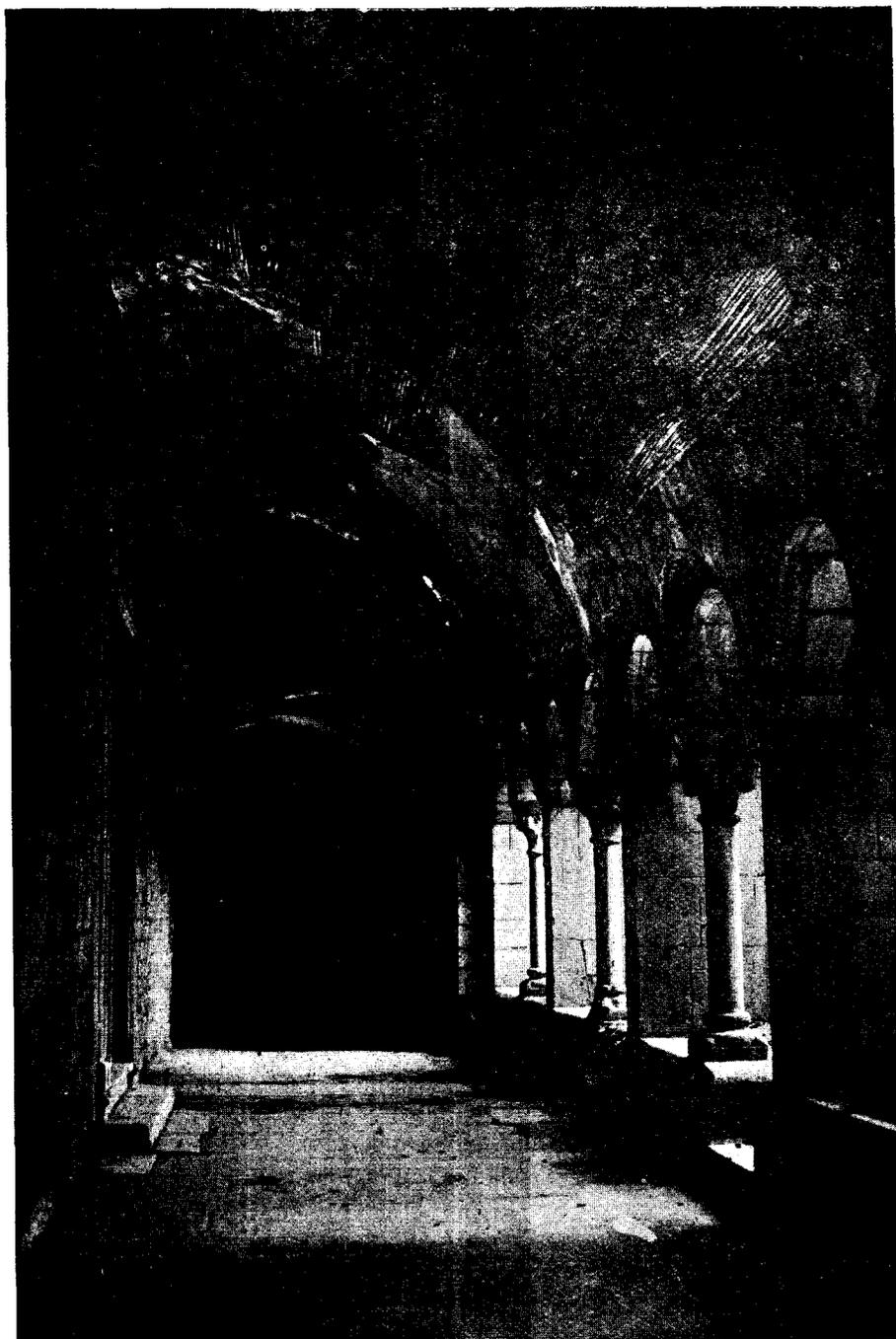


lunio, que recibía de sus mujeres estímulo para el combate, que prefería la muerte heroica a los signos ominosos que estigmatizan al cobarde— en la Europa occidental, intensamente romanizada, sufrió un colapso catastrófico la continuidad de la cultura clásico-cristiana. La nebulosa espiritual se hizo de nuevo densa y opaca. Volvieron a ser explicados con mitos y supersticiones, con grave perjuicio para la ciencia, los fenómenos de la naturaleza. Toda delicadeza y perfección conseguidos en el plano moral y jurídico fueron suplantados por la violencia y la fuerza bruta con un irrespetuoso desprecio para la dignidad humana. Este es aproximadamente el cuadro general de la sociedad europea en los primeros siglos medievales.

Mas en esta noche de los tiempos un astro resplandeciente, —favor de la Divina Providencia—, enviaba sus mensajes de luminosa esperanza, que eran amparo en las angustias y hacían vibrar en sus anhelos a las personas más fuertes por su virtud y más santas. Este astro luminoso era la Iglesia Cristiano-romana, depositaria indiscutible del legado de Cristo, y heredera directa del espíritu romano. El Papa con los Prelados y demás dignatarios de la Iglesia, ya amenazando con el anatema, ya estableciendo verdaderos códigos de moral en las asambleas conciliares, iban desarrollando los principios de una superior organización política y estimulando los más nobilísimos ideales de superación en esta sociedad desquiciada.

Se alcanzan los siglos décimo y oncenos después de haber vencido dificultades que para el historiador parecen insuperables. El milagro se debe a la fé cristiana. Ella ha colmado de optimismo los espíritus; ella ha encendido de fervor y fortalecido con la esperanza el corazón de los más santos. Abundan en todas partes los piadosos varones de temple heroico que viven como eremitas y se constituyen en gusos de pequeñas comunidades cristianas. Nunca llama en vano a la puerta de su casucha ni la angustia del aldeano, ni la debilidad de la doncella, ni la desolación del desventurado. Ante la puerta de su modesto albergue toda clase de violencia rinde las armas.

Un día coge el ermitaño su cayado, se aprieta el sayo, y se lanza a recorrer los pueblos para recabar con su palabra entusiasta y vigorosa la ayuda de todos, para realizar una empresa de tal magnitud como no ha sido realizada otra en ningún tiempo en las tierras del contorno; quiere transformar la primitiva y pequeña iglesia con cubierta de madera expuesta al peligro de los incendios, en una iglesia espaciosa toda de piedra; quiere construir también unas modestas dependencias y un claustro para que el espíritu, en un ambiente de paz y sosiego, pueda entregarse a la meditación y al recogimiento. Quiere este santo varón levantar un monasterio.



Y las gentes de toda condición alluyen en abundancia de todos los pueblos. Arquitectos, albañiles, canteros, escultores, tallistas, cerrajeros artesanos de otras profesiones, peones, carreros, rivalizan en sus aportaciones y en sus esfuerzos sin sombra alguna de desaliento. Pues saben los aldeanos, las viudas, las doncellas y todas las personas de humilde condición que, además de invocar a Dios de día y de noche en el templo, será el monasterio freno para la soberbia, condena- ción para la iniquidad y protección para la inocencia.

No extraña nadie, pues, que en cada uno de los sillares, en cada uno de los capiteles pueda percibirse todavía insensiblemente la huella indeleble de una esperanza, de un anhelo; del ansia de una mejor justicia y dignidad que anima el corazón del hombre en todos los tiempos.

